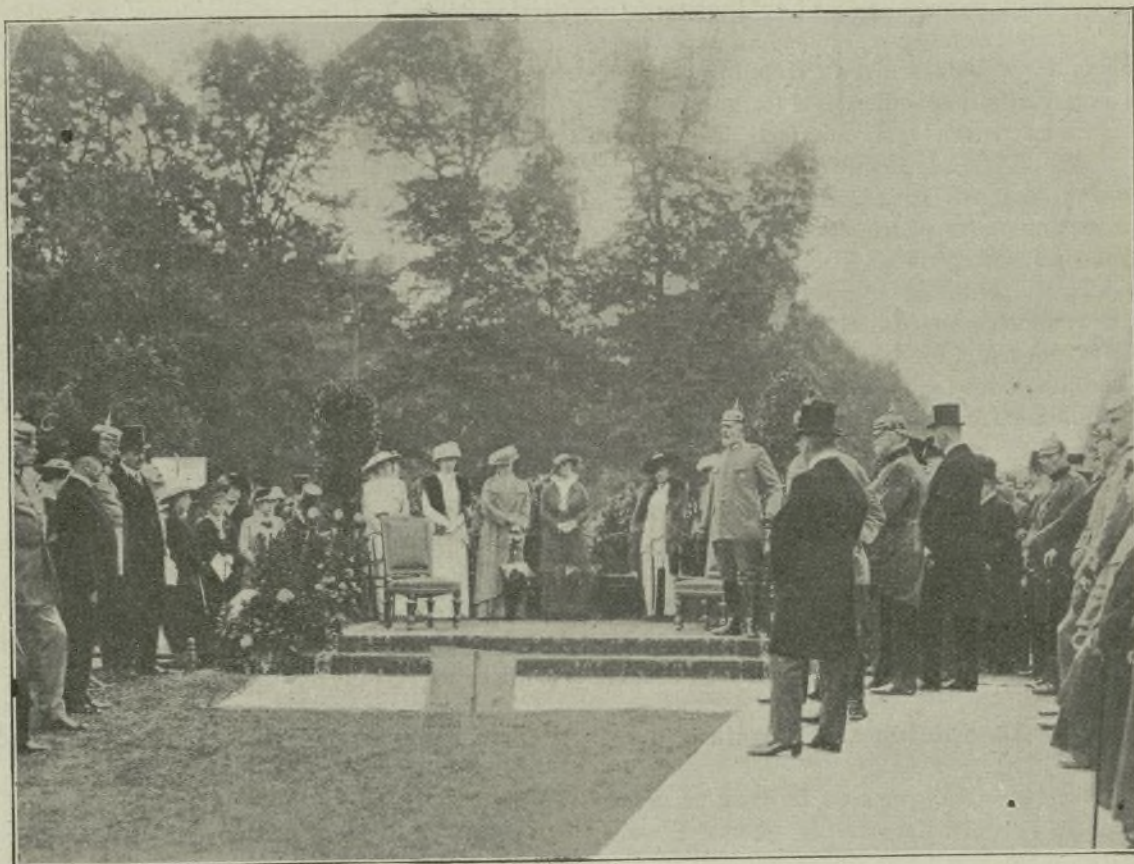


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 106.—BARCELONA 6 DE MAYO DE 1916



Ante el monumento el «Hindenburg de Hierro».—El canciller del Imperio alemán pronunciando su discurso.
La tercera señora de la izquierda es la esposa del gran estratega alemán

CRONICA INTERNACIONAL

I. La situación interior en Inglaterra.—II. La opinión en Francia.—III. La actitud del presidente Wilson.—IV. El adelanto de la hora legal en Francia.—V. La cuestión de los submarinos

I.—La situación interior en Inglaterra

De las tres cuestiones que embargan la atención de los ingleses, la que más fingían despreciar ocupa indiscutiblemente el primer plano: los submarinos están produciendo en Inglaterra trastornos acaso mayores que los sentidos por Alemania a causa del bloqueo. La navegación mundial está del todo perturbada, suben los fletes, apenas se puede contar con una línea regular; el peligro tan pronto asoma por un punto como aparece en otro, y no pasa día sin que sufra mermas la flota mercante. Contra el bloqueo, de efecto más seguro y persistente que el submarino, posee Alemania un arma de que la Gran Bretaña carece: la sabia organización social y el respeto al principio de autoridad. El acuerdo con Rumanía, la amistad de Suecia y Suiza y la puerta abierta en los Balkanes, han mejorado la situación de los Imperios centrales a compás que se agrava la

acción de los submarinos, que están resultando un arma más temible de lo que se creía, y con la que habrá de contarse en primer término en lo sucesivo.

La segunda preocupación, el dominio del aire, hoy en manos de los alemanes, sólo tiene un alcance moral, pero ha provocado crisis y discordias en el Gobierno y es objeto de continuas discusiones en las Cámaras. Se la quiere resolver mediante juntas, direcciones y comisiones, medidas arbitristas tanto como ineficaces, a las que son muy dados los pueblos que supeditan sus actividades al sistema parlamentario.

En cuanto al tercer problema, se ha confirmado lo dicho en estas *Crónicas*: Inglaterra no siente el servicio militar obligatorio, ni puso toda su voluntad, que es mucha, a la consecución de este fin. Al cabo de tres meses de votada la ley, la cuestión se encuentra casi en el mismo estado que el primer día: muchos individuos apuntados, no se presentan

al llamamiento; un gran número han cambiado de domicilio y no se les encuentra; chocan, sin entenderse, quienes pretenden que el servicio sea general, con quienes defienden la necesidad de muchas exenciones; es un caos. Pero, a la opinión en general, no le conmueven demasiado estas cosas. Francia, Italia y Rusia se han contentado con lo hecho por Inglaterra, y ésta no tiene prisa por ir más allá. Es verdad que resulta insuficiente el esfuerzo, pero como al mismo tiempo se le dice que Inglaterra no está libre de un desembarco alemán, no se advierte la urgencia de organizar fuertes ejércitos para enviarlos a combatir al continente; si los hombres permanecen en su patria, será más fácil utilizarlos y contar con ellos, cuando llegue el caso.

Con todo eso, los entusiasmos que produjo la idea de que Inglaterra podría apoderarse del comercio alemán, se han enfriado. El buen sentido se va imponiendo, y hay quien comprende que se dió un paso precipitado, inoportuno, que reveló el juego fuera de sazón. En el fondo, sin embargo, este es el ideal supremo de los ingleses, hasta el punto de que renovarían la tentativa si se presenta otra ocasión favorable.

En resumen: después de entusiasmos pasajeros y de un nervosismo impropio de los britanos, aquel pueblo vuelve a mostrarse cauto, reservado, tranquilo en la apariencia, como en los primeros tiempos de la guerra. El fruto, si lo hay, está todavía lejos; por lo menos, es pronto para mandar y ordenar a los aliados, como si fueran súbditos.

II.—La opinión en Francia

La irritación, sorda, que a duras penas se reprime, cunde en Francia. La llamada guerra *d'usure*, de desgaste, no satisface a la opinión pública. Con este tópico se la tuvo hipnotizada largo tiempo: al cabo, la viuda, el huérfano, el rentista, el industrial, el labriego, la mayoría de Francia, se han desengañado. Ciertamente hay un desgaste, pero es para Francia, pues mientras el enemigo licencia algunos reemplazos, aquella llama a los adolescentes a filas. Y el mismo Joffre, a quien se llamó sabio y salvador de la patria por haber preconizado este sistema de guerra, está siendo objeto de duras y claras censuras, tanto en el Parlamento como en la prensa; contra él se esgrime este argumento, expresado en mil formas: antes que Alemania se consumirá Francia, y si el generalísimo recomienda el método de desgaste, es sencillamente porque no se atreve a obrar. La pasividad de Inglaterra, la frialdad de Rusia y la actitud equívoca de Italia, han desatado el mal humor, las lenguas y las plumas, pese a la censura que, y el hecho es significativo, no se muestra ahora tan rigurosa en lo que a estos puntos se refiere.

Como motivos que justificaran la defensiva, fueron presentándose a los franceses la insuficiencia de preparación, la falta de cañones y municiones, las pocas tropas que los ingleses tenían en el Oeste, el concierto con los aliados, y siempre y continuamente, la impotencia de los alemanes para emprender un ataque. Cada uno de los tópicos se ha hundido al golpe de la realidad; Francia lo ha probado todo, sin éxito; ataques en el Artois y en la Champaña, defensa pasiva, expediciones a Gallípoli, desembar-

cos en Salónica y marcha hasta la Macedonia serbia... El enemigo no ha dejado de hacer cuándo y cómo todo lo que le ha convenido; la ventaja estaba para él y el perjuicio para Francia. El rayito de luz ha ido penetrando en los entendimientos. Alemania está triunfante hasta ahora, porque obra, y los aliados en decadencia, porque esperan; luego se impone la acción, y como ésta es hija de la voluntad, hay que buscar quien la tenga; no es en el generalato actual donde se la puede encontrar. De aquí que la consigna sea: busquemos esa voluntad, y todas las miradas se dirigen a los peldaños inferiores de la milicia. Ello es natural; se han derramado sobre el soldado cuantos elogios y alabanzas contiene el diccionario; él es el dechado de todas las virtudes, de todas las cualidades, de todos los heroísmos. Lo mismo se le está diciendo hace muchos años. Las loas van disminuyendo en intensidad a medida que se asciende en la escala jerárquica, hasta llegar al pobre generalato, que ya en tiempo de paz era víctima de censuras no merecidas. Así se entiende en Francia la obra patriótica de formar ejército: halagar a las masas y desconfiar de los directores. La experiencia aún no les ha enseñado bastante.

¿Qué se pretende y qué se va a buscar con esa campaña? ¿Cómo, si no es por un cataclismo social, los humildes jefes van a encumbrarse de pronto hasta la cabeza del ejército? ¿De qué manera se sabrá quién posee aptitudes y quién no? ¡Cuánto daño está causando a Francia el recuerdo del gran Napoleón! El espectador neutral no puede menos de quedar pasmado cuando lee esas exageraciones e impresionabilidades de la prensa francesa, que todavía pretende dirigir a la opinión.

III.—La actitud del presidente Wilson

El discurso recientemente leído en las Cámaras por el Presidente Wilson, ha sido el acontecimiento internacional de los últimos días; cuando se creía desvanecido el peligro de una complicación germano-americana, ha sonado el agudo toque de clarín en Washington; sorprendiendo a todos, menos a los que conocen de cerca las peculiaridades y rarezas de la política en los Estados Unidos.

Comedido en la forma y terminante en el fondo, el discurso presidencial condena en absoluto el torpedeamiento de los barcos mercantes no armados, y conmina al Imperio alemán con la ruptura de las relaciones diplomáticas. Esto no es la guerra, pero sí un paso hacia ella, y se presta a las represalias americanas, bien por la incautación de los barcos alemanes refugiados en los puertos, ya en otra forma.

¿Ha sido oportuna la amenaza? Considerada la cuestión desde un punto de vista elevado, no. Los Estados Unidos tienen tropas en Méjico y nada tendría de extraño que hubiesen de mantener una guerra en la frontera S.; si para rehuirla, se abstienen, después del paso ya dado en el sentido de la intervención, su prestigio quedará mal parado. El canal de Panamá se ha revelado un instrumento demasiado frágil e inseguro para contar con este medio de comunicación entre los dos Océanos, en caso de guerra. Las nubes para los Estados de la Unión, al mismo tiempo que el mayor porvenir, se encuen-

tran en el Pacífico occidental, hacia el Japón y China, del bando contrario a los aliados. La población alemana o de origen alemán en la América del Norte, es numerosísima y sería capaz de promover conflictos interiores. Lanzada la nación a la guerra, no podría proveer en igual escala que ahora de municiones y armamentos a Inglaterra, Rusia y Francia. Sus barcos, mercantes o no, serían torpedeados sin compasión, subirían los fletes, se retraería el comercio y se interrumpiría la corriente de oro que desde Europa se vierte en América. Toda nación fuerte debe procurar no dejarse arrastrar a esta guerra, con objeto de conservar sus fuerzas y asumir el primer puesto y la dirección el día de la paz. Finalmente, el Senado y el Congreso se han pronunciado contra la creación de un verdadero y numeroso ejército, digno de este nombre, inclinándose en favor del sistema de milicias, que no es más que un simulacro de organización militar. En resumen, por poco que perdiera América del Norte, no dejaría de sufrir más quebrantos que tener probabilidades de obtener ventajas. En el concepto de la política interior, el paso de Wilson está justificado. Su elección se encuentra muy comprometida, porque ni le apoyan los partidarios de la paz ni los imperialistas exaltados; el partido republicano está dividido. Era necesario un golpe de efecto, que satisfaga a los que más bullen, y demuestre a todos que el Presidente es un carácter digno de regir a la gran República y de talla suficiente para medirse con los reyes, presidentes y cancilleres de Europa.

A todas luces se advierte que Wilson no quiere ir a la guerra, pero que nada le importa ponerse enfrente de Alemania, antes bien lo desea. Lo grave es que si se interrumpen las relaciones internacionales, cualquier futesa, hábilmente explotada por los aliadófilos, provocará la lucha armada, sin que haya medio de impedirla.

Para Alemania ha sido un rudo golpe la actitud de Wilson, no ya por la pérdida de los barcos mercantes, con ser muchos y muy valiosos, ni por el aspecto financiero, también muy importante, sino porque ese es el camino para cerrar la puerta al comercio alemán con toda América, después de la guerra. ¿Renunciará Alemania al empleo de sus submarinos, envainando la única arma de que dispone contra la extrangulación de que la quieren hacer víctima Inglaterra y sus aliados? Si de la guerra sólo viéramos el aspecto material, Alemania seguramente no desistiría de sus métodos, porque nada puede ya perder que no haya perdido, en los mares y fuera de sus fronteras y puede ganar mucho si pugna con energía hasta el fin. Pero a la altura a que ha llegado la contienda, la decisión no depende sólo del ejército, que no es más que uno de los factores; ahora hay que tener muy en cuenta la opinión, el espíritu de los pueblos, de donde ha de venir la paz; en este sentido la intervención de los Estados Unidos equivaldría a la condenación de los métodos alemanes, advertirían los alemanes que casi todo el mundo se concitaba contra ellos, y su energía moral, su voluntad, padecerían más, de seguro, que a consecuencia de una derrota militar. Esto es lo verdaderamente temible para el Imperio alemán; Wilson lo sabe, y, experto político, aprovecha la situación en beneficio propio.

Todavía hay esperanzas de que ese pleito entre norteamericanos y alemanes, que tantas veces se ha agudizado y apaciguado, termine en una solución de concordia. La única probabilidad de que tal suceda la dan los periódicos ingleses y franceses, que repetidamente han anunciado la inminente declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania, y, en cambio, ahora que el caso es más serio, se muestran más circunspectos y no dan aquellas notas estridentes y exageradas a que nos tienen acostumbrados. El verano se anuncia con presagios tristes en todos conceptos.

IV.—El adelanto de la hora legal en Francia

Apartemos un momento la atención de esos asuntos que apenan el ánimo, para esparcir el espíritu con la contemplación de una de las escenas ocurridas en la Cámara francesa de diputados. La materia no deja de tener enjundia.

Se impone la economía, del Estado y doméstica, fué la consigna dada en Inglaterra hace unos meses, economía que es sencillamente lo que en Alemania se llama previsión y organización. Votáronse leyes, dictáronse disposiciones; el resultado ha sido casi nulo, porque no entran esos hábitos en la manera de ser inglesa.

Francia está más agotada y empobrecida; lo que para Inglaterra es una conveniencia, toma para ella los caracteres de una necesidad; pero, como tampoco el francés está preparado, nada o casi nada se ha hecho de provecho. Entre las medidas votadas, por una mayoría respetable de votos, figura una que fracasó en el Parlamento inglés: el adelanto de la hora legal. ¿Qué misterio se oculta bajo esa frase? Sencillamente, el anticipar una hora todos los relojes hasta el fin del año en que la guerra termine, es decir, que cuando sean las ocho de la mañana, el reloj señalará las siete, y las nueve cuando sean las diez de la noche. Entiéndase que esos relojes son los oficiales, los que regulan el trabajo del Estado, Municipios, departamentos, talleres, fábricas, teatros, diversiones, etc.; al particular, nadie le impedirá que haga marchar como le acomode los relojes dentro de su casa, pero como estará en desacuerdo con el medio que le rodea, tendrá que seguir la costumbre, aunque no sea más que para no estar siempre desorientado.

Mediante el adelanto de la hora legal, calcula el Gobierno que se obtendrá una economía de 50 millones de francos anuales, con la circunstancia importantísima de que esa economía será casi enteramente en carbón mineral, por el ahorro de luz. Dueños los alemanes de los yacimientos hulleros del N. de Francia y consumiendo las flotas de guerra y auxiliar un número enorme de toneladas de combustible, la crisis del carbón se deja sentir en Francia con caracteres alarmantes. Con la medida adoptada se adelantará una hora el término de la jornada de trabajo, y como el adelanto de la mañana, también de una hora, tendrá lugar dentro de la luz natural del día, podrá disminuirse el alumbrado; la población obrera y todos los empleados en oficinas, tiendas, despachos, etc., es decir, en el comercio y en la industria, tendrán que ajustar sus comidas y la

velada al horario que rige sus labores, y, por consiguiente, ese horario se impondrá también poco a poco en sus casas. Esta es una manera embozada de acabar con la costumbre de prescindir de una parte del día, y utilizar, en compensación, una parte de la noche.

¿Será eficaz la nueva ley o simplemente una utopía, como otras muchas, hijas de la imaginación de los arbitristas? Las opiniones de los parlamentarios se manifestaron en los dos sentidos; hubo momentos en que la Cámara, perpleja, tan pronto parecía propensa a rechazar la ley como a aceptarla; por fin, la votó, previa la declaración del Gobierno de que la aceptaba íntegramente.

Hubo en la discusión notas pintorescas, como la de un diputado que, impugnando el proyecto, exclamó, señalando al magnífico y espléndido alumbrado del Palacio Bourbon: «¡Pretendéis economizar la luz del pueblo y no sabéis administrar la vuestra! ¿Por qué no celebrar las sesiones a la luz del día?» La observación, inocente en la apariencia, tiene su filosofía.

La guerra parece que va a hacer más austeras las costumbres; las ha regenerado ya en el centro de Europa, y algo en Rusia, Inglaterra y Francia. Si después no se malogra la buena semilla, esto habremos ganado del conflicto horrendo. No deja de ser una compensación que, a la larga, puede tener verdadera trascendencia.

V.—La cuestión de los submarinos

Estamos demasiado acostumbrados a las habilidades de los poderosos de la tierra, para dejarnos sorprender por ellas. Una de estas habilidades es la condenación de la campaña submarina, por mister Wilson. No ha movido al Presidente el odio a Alemania, ni el deseo de guardar relaciones cordiales con Francia e Inglaterra, ni mucho menos figuran la humanidad, el amor al derecho y la defensa de los neutrales, en los manejos y combinaciones de las diplomacias. En el fondo no hay más que egoísmo nacional, y desgraciado el país que posponga ese egoísmo a ideales sin repercusión práctica y material inmediata; antes que de los otros hay que preocuparse de uno mismo.

Los Estados Unidos hace mucho tiempo que toman posiciones y se preparan para asumir un papel preponderante en la política mundial, con todas las pingües compensaciones y consecuencias de este exceso de trabajo. Para el logro de sus aspiraciones necesitan, en primer término, casi les basta, una poderosa escuadra, más fuerte que las dos más fuertes hasta ahora construídas. Con el dinero que atesoran, y que deja de ganar Inglaterra, gracias a la estultez de Europa, ¿quién osará negar que antes de diez años la flota americana será muy superior a la británica? La situación geográfica de la Unión, es también más favorable, y así que se consoliden las obras del canal de Panamá, nada tendrá que envidiar. Llegado este momento, la gran república impondrá la ley al mundo, a menos que vuelva la cordura a Europa; no pedirá territorios ni anexiones, pero arrojará de América y de Asia, y más tarde de África, el comercio europeo y sudamericano; al mismo tiempo, irá interviniendo económicamente en los

pueblos débiles, y gozará de todos los beneficios y ventajas de la dirección y el gobierno, sin las responsabilidades ni quebrantos.

Para que ese dorado porvenir se realice algún día, es menester que los Estados Unidos dominen en los mares, sin competencia posible; por desgracia para sus ambiciones, los submarinos amenazan dar al traste con ellas. Hay, pues, que declararlos fuera de la ley, prohibir que ataquen a los buques mercantes, conseguir que su utilidad sea tan escasa que nadie tenga la tentación de construirlos en grande escala. Un par de centenares de submarinos en el Pacífico y el Atlántico, y los Estados Unidos serían derrotados sin librar batalla, porque se interrumpiría la navegación, y el país no soportaría el verse privado de exportar sus productos; este es el eje de la cuestión suscitada por el Presidente. Wilson no apunta en favor del comercio británico, ni francés, antes al contrario, convendría mucho a su nación que el tal comercio se arruinara definitivamente; piensa en el día de mañana, y quiere que la flota mercantil yankee no tenga obstáculos en su ruta.

¡Ilusión vana! Aunque se lograsen los deseos del Presidente; suponiendo que en una conferencia internacional se adoptara el acuerdo de proscribir ese empleo de los submarinos, una vez declarada la guerra se impondría la ley suprema de la existencia nacional, y surgirían los submarinos y serían echados a pique los barcos mercantes del enemigo. Antes que Alemania se sirviera de sus submarinos, las naciones aliadas habían violado en los mares los principios de las irrisoriamente llamadas leyes del derecho internacional, leyes que tienen la particularidad de que las escribe el fuerte para que sólo las obedezca el débil.

Se comprende que la América del Norte y la Gran Bretaña persigan este objetivo, puesto que el submarino es el arma más eficaz para atajar el logro de sus codicias; lo que pasma es que haya pueblos menos fuertes, de litoral extenso y vulnerable, en que se alcen voces airadas contra lo que, más tarde o más temprano, será el último argumento nacional; los que de tal modo se conducen no laboran contra Alemania, sino contra su misma patria, o son ciegos y no ven lo que está al alcance del más miope.

Únicamente Suiza tiene plena razón para alegar motivos humanitarios contra la campaña submarina, pero no protesta porque se da perfecta cuenta de lo que hay en el fondo de esa campaña. ¿Cómo han de indignarse Holanda, ni Dinamarca, ni Suecia, ni Noruega, ni Grecia, si saben que los submarinos son el arma única del pequeño contra el grande ambicioso y despreocupado? ¿Por qué no se suprimen los formidables dreadnoughts, por qué no se clama contra las detenciones, registros, violaciones de la correspondencia y de los fletes de los barcos neutrales por las marinas aliadas, que ni respetan las aguas jurisdiccionales ajenas, ni vacilan en apresar a pasajeros que de un puerto neutral se dirigen a otro puerto neutral?

Hasta los mismos aliados se dan cuenta del alcance de la campaña submarina. Francia, que tiene delante a Inglaterra, no se indigna como ésta; Rusia no se ocupa en tal cuestión; Italia no la condena. Las tres comprenden que en un porvenir no demasiado remoto, tendrán que apelar a los métodos ale-

manes. En este asunto la Gran Bretaña no se ve apoyada de corazón por sus aliados; sólo Francia va a remolque, en ésta como en tantas otras cosas, fingiendo una ira que no siente.

Enhorabuena que el Presidente Wilson e Inglaterra fulminen su indignación contra los submarinos; esto debe de alegrarnos a los demás, porque es prueba de que los minúsculos barcos son un excelente medio de compensar la inferioridad de fuerzas. Alemania nos ha enseñado el camino; apresurémonos todos a seguirlo. Inglaterra no ha construido sus enormes acorazados para defender y proteger al resto del mundo, sino para imponerse a él; hagamos nosotros lo mismo, sin necesidad de efectuar tantos dispendios, y abramos los ojos a la luz y no nos dejemos embaucar como bobalicones; no es en favor

en cuando, por pequeñas ofensivas de ambos lados, que no han producido variaciones esenciales en la situación general.

Desde el mar del Norte hasta Steenstraate (8 kilómetros al N. de Ipern), seguían las posiciones contrarias, en general, el curso del canal del Iser. Nuestras tropas habían llegado a la orilla O. en muchos puntos comprendidos entre el mar y Dixmüden; entre este punto e Ipern, sólo ocupaban Drie Grachten. Entre Steenstraate y Oosthoek (4 kilómetros al Sur de Ipern), la posición del enemigo avanzaba en forma de cuña sobre el sector del canal hacia el Este, hasta la carretera Paschendaale-Becelaere, y en un gran arco encerraba una zona cuyas principales comunicaciones se reunían en Ipern.

En sus detalles, la línea enemiga se extendía des-



Campo de batalla de Iprés

de Alemania, no, como obraremos de este modo, sino en beneficio propio. Lo contrario, sería entregarnos atados de pies y brazos a quienes pueden abusar de su poderío y que han usado de él y aún se han excedido tantas y tantas veces!

F. LARÍN.

LOS COMBATES DE IPERN (IPRÈS)

(Por el Gran Cuartel General alemán).

(Publicado el 10 de mayo de 1915)

Después de los rudos combates de octubre de 1914, las operaciones en el Oeste de Flandes, tanto en el canal del Iser como en el resto del frente occidental, tomaron el carácter de una guerra tenaz de posiciones que sólo se vió interrumpida, de cuando

de Steenstraate hacia el Este, pasando por Langemarck, hasta Poelcapelle, que estaba en poder de los alemanes; al Este del pueblo tomaba una dirección Sudeste y entre Wallemollen y Paschendaale doblaba hacia el Sur; después seguía por la carretera Mosolmart-Broodseinde-Becelaere, de la cual se separaba a 2 kilómetros al Sudeste de Zonnebeke, para seguir hacia el Sudeste y replegarse en Oosthoek, sobre la orilla occidental del canal. Esta línea la ocupaban tropas francesas, inglesas y coloniales de todos colores, y frente a ellas se hallaban las posiciones alemanas, establecidas a distancias variables, pero, en general, muy cortas. La zona que éstas comprendían, como toda la llanura occidental de Flandes, se compone de bajas colinas y barrancos y está tan cubierta de poblados, granjas, cortijos, bosques y setos que se hacía difícil la dirección de las tropas y la dirección de conjunto de los combates. La observación para la artillería, en general, sólo es posi-

ble desde puntos elevados, como torres de iglesias y molinos de viento, pero también desde estos puntos se ve con dificultad por lo cubierto del terreno y por lo turbio y gris de la atmósfera. Estas dificultades del terreno son, en parte, la causa de que el enemigo haya podido sostenerse durante meses en la posición de que ahora ha sido arrojado y que tácticamente era desfavorable, y de que haya opuesto a la ofensiva alemana, que comenzó en abril, una resistencia tenaz y que sólo fué cediendo lentamente.

Desde hacía tiempo el jefe del ejército alemán pensaba aprovecharse de la desfavorable situación del enemigo para atacarle por el Este de Ipern. Arro- jando al contrario de su posición saliente y rechaza- ndolo contra el sector del Iser o al otro lado del mismo, se limitaría la extensión del frente de su ejército, reduciéndose también la parte de Bélgica que aún ocupaba. Y asimismo produciría un efecto moral de importancia sobre las tropas un ataque em- prendido en gran escala después del largo tiempo de lucha de posiciones.

Pero el ejército de S. A. Real el Duque Alberto de Wurtemberg, establecido en el Iser, no podía acometer esta empresa hasta disponer de las fuerzas que tanto necesitaba. El enemigo, envuelto por el Norte, por el E. y por el S., no podía resistir a la larga, un ataque que se diese con fuerzas suficientes; las fuerzas alemanas establecidas al N. y S. de Ipern, se hallaban más próximas a los pasos que allí tiene el Iser, que las fracciones que más había adelantado el enemigo hacia el Este. La manera de ejecutar el ataque, venía impuesta por esta situación.

El ataque principal había que dirigirlo contra el canal del Iser, que formaba la base de la posición enemiga, para ir cerrando gradualmente la salida del saco en que se encontraba el enemigo al Este de Ipern y amenazar así las comunicaciones de retaguardia. Como las posiciones alemanas al Sud de Ipern llegaban hasta a 4 kilómetros de la ciudad y, en cambio, en el Norte distaban el doble, parecía impuesto el ataque desde esta dirección. Se había de procurar que el enemigo quedase sujeto el mayor tiempo posible en la parte oriental del saco. Por ese motivo el ataque principal no había de extenderse demasiado hacia el Este y a las fracciones restantes del frente envolvente les correspondía la misión de sujetar al enemigo que tenían enfrente. Estas ideas sirvieron de base a la ofensiva que empezó el 22 de abril.

Para este día estaban terminados los preparativos que exigía el ataque difícil contra una posición ocu- pada por un defensor tenaz y que la había preparado durante seis meses. A las seis de la tarde, nuestras tropas avanzaron desde la línea de Steenstraate-Lan- gemark. El enemigo fué completamente sorprendido, y abandonando sus dos primeras posiciones, que distaban 30 y 500 metros de nuestro frente, huyó en dirección Oeste a través del canal y hacia el Sur, mientras que su artillería procuraba contener a los alemanes en su avance. Pero, cuando la noche cerró, las tropas del ataque ocupaban una línea que seguía la dirección del canal desde Steenstraate, pasando por Het Sas, hasta 2 kilómetros al Sudoeste de Pil- kem, y torciendo desde aquí hacia el Este, en la di- rección de Kersselaere, alcanzaba a las antiguas po- siciones del sector siguiente. El enemigo solamente

opuso resistencia fuerte en Steenstraate, pero, a pe- sar de ello, se consiguió en la noche tomar el pueblo y tanto aquí como en Het Sas, llegar con algunas fracciones a la orilla izquierda del canal. El resulta- do táctico del primer día de combate consistió en que se ganó terreno en un frente de 9 kilómetros y en un fondo de 3 y que, con ello, se redujo conside- rablemente la salida del saco. Además, en dos nue- vas posiciones, al Oeste del canal, se había sentado la planta resueltamente. Mientras se daba el ataque principal, se entretuvo al enemigo en todo el resto del frente.

Era de esperar que los aliados, en cuanto recono- cieran toda la importancia de lo que habían perdi- do, procurarían recobrarlo. Los combates que em-pezaron el 23 de abril representan, por parte del enemigo, una serie no interrumpida de ensayos para arrojar a los alemanes de sus nuevas posiciones, para alejar el peligro de sus comunicaciones de retaguardia y para apoderarse luego de la orilla occiden- tal del canal, a fin de amenazar de ese modo, por la espalda, al ataque principal alemán. La misión de las tropas alemanas consistía, no solamente en con- servar las posiciones conquistadas, sino en aprove- char toda ocasión favorable para avanzar hacia el Sur y cerrar, cada vez más, el anillo alrededor del enemigo. Hasta el día 2 de mayo, los combates se desarrollaron en el canal y entre éste y la carretera de Paschendaale-Broodseinde.

Ya el 23 de abril se iniciaron los contraataques enemigos, pero parece que ese día aún disponía el contrario de pocos hombres. Dos ataques emprendi- dos separadamente por dos regimientos franceses y un batallón inglés, se estrellaron contra nuestras po- siciones, rápidamente preparadas. Los ataques fue- ron dirigidos contra el sector occidental de nuestro frente, reconociendo que de esa dirección amenaza- ba el principal peligro.

En los días siguientes se fueron corriendo los combates más hacia el Este, pero los ataques princi- pales siguieron dirigiéndose contra el sector occi- dental, contra el que la artillería enemiga, desde la orilla izquierda del canal, podía también dirigir sus fuegos de flanco. Las encarnizadas luchas en que ambos bandos fueron alternativamente atacantes y defensores, se caracterizan, en general, como com- bates aislados en el frente quebradísimo de aquel te- rreno cubierto. Conviene seguir en sus detalles los combates hasta el 2 de mayo. Constituyen una lucha tenaz, en la que varía mucho la fuerza del atacante, pero en la que son raros los grandes ataques de con- junto por parte del enemigo. Por Ipern fué trayendo refuerzos que pueden estimarse en dos divisiones inglesas y una o dos divisiones francesas. El 24 de abril se rechazó el ataque de una división inglesa, que sufrió las más graves pérdidas. El 25 fueron ani- quilados cinco batallones ingleses al Oeste de St. Ju- lien, que batidos de flanco por fuego de ametralla- doras, perdieron casi hasta el último hombre. El ataque más fuerte tuvo lugar el 26 de abril, en que un cuerpo de ejército avanzó entre las carreteras de Pilkem a Ipern y St. Julien, así como más al Este; fué rechazado de una manera sangrienta y quedaron tendidos 3,000 muertos ingleses. El mismo fracaso tuvo un ataque que, con amplio frente, se dió con- tra el canal al siguiente día. Los ingleses intentaron

también un avance en Broodseinde, desde el punto oriental de su posición. Los franceses intentaron el 1.º de mayo, pero sin éxito, un fuerte ataque en nuestro sector occidental; representa el último intento del contrario de adelantar de nuevo la posición a que había tenido que retroceder el 23 de abril y que tuvo también que abandonar el 2 de mayo. Las bajas que, en número extraordinario, sufrieron los aliados en estos combates del 23 de abril hasta el 1.º de mayo (además de millares de muertos y de heridos, unos 5,000 prisioneros, 65 piezas, de las cuales 4 grandes cañones ingleses y otro material de guerra), no les habían hecho recobrar nada del terreno que habían perdido el 22 de abril. En cambio, nuestras tropas habían conseguido adelantar su frente poco a poco en la región de St. Julien. al Noroeste de 's Gravenstafel. De gran eficacia fué el fuego de la artillería alemana que, durante el día y la noche, batía no solamente el frente enemigo, sino las comunicaciones de retaguardia, Ipern y hasta Poperinghe, punto principal de etapa situado 12 kilómetros al Oeste de aquella ciudad. Después del éxito del 22 de abril, las baterías de nuestra ala Sur podían batir eficazmente, por la espalda, los ataques dirigidos contra nuestra ala Norte. Toda la zona que encerraba la posición del enemigo, estaba batida por tres lados por nuestro fuego, cuyo efecto devastador denotaban incendios numerosos. Ipern ardía. El enemigo había reconocido la gravedad de su situación; así lo demostraban sus ataques desesperados a pesar de las bajas que sufría. Vinieron noticias de que los aliados retiraban del saco artillería pesada y construían una cabeza de puente al Oeste y a la inmediación de Ipern; esto venía a indicar que ya contaban con la pérdida final de sus posiciones avanzadas y, tal vez, con la pérdida de toda la orilla derecha del Iser.

Entre Steenstraate y Het Sas se habían desarrollado en el canal combates aislados, independientes de los que, hasta ahora, hemos descrito y con los que sólo estaban enlazados por la recíproca protección artillera que los sectores vecinos se prestaban contra las baterías flanqueantes que el enemigo tenía en la orilla Oeste del canal. Después de que nuestras tropas se hubieron establecido en la orilla izquierda del canal, en la noche del 22 al 23 de abril, su misión inmediata consistía en ganar terreno para adelantar las posiciones conquistadas de modo que formasen una línea continua. El enemigo opuso una resistencia fuerte a semejante intento. En la noche del 23 al 24 de abril se desarrollaron combates violentos, particularmente al Oeste de Steenstraate, combates en los que nuestras tropas asaltaron el pueblo de Lizerne, situado delante del ala derecha del frente. En medio de un combate encarnizado y próximo, hubieron de tomarse las distintas casas, y por ambos lados fueron considerables las pérdidas. No cabía avanzar a través del canal a la región de Boesinghe, para ganar así una base amplia en la orilla occidental, porque el enemigo había volado los puentes.

Pero el avance sobre el canal hizo que el enemigo, en los días siguientes, concentrase contra ese frente alemán, relativamente estrecho, refuerzos considerables que no pudo utilizar en los combates decisivos del saco al Este de Ipern. Difícil era la situación de nuestras tropas frente a los ataques enérgi-

cos del enemigo que empezaron el 26 de abril. Constituía el foco el pueblo de Lizerne, cuya posición avanzada permitía a las baterías enemigas concentrar de tal modo su fuego sobre la localidad, que se tomó el acuerdo de abandonarla voluntariamente durante la noche del 26 al 27 de abril, retirando su guarnición sobre la cabeza de puente que fuertemente se había construido a retaguardia en la misma orilla del canal. El 28 de abril consiguió el enemigo penetrar pasajeramente en una pequeña parte de nuestro frente en Het Sas, pero las escasas fuerzas que lo lograron fueron desalojadas pronto por las reservas que acudieron. Este ataque se repitió y el enemigo procuró, sin éxito, facilitar el ataque de frente con un avance simultáneo de turcos y de zuaivos sobre la margen Este del canal. En los días primeros del mes de mayo, cedió la actividad de la infantería francesa contra nuestras posiciones del canal y el enemigo se limita ahora allí, principalmente, a combates de artillería, pues absorben toda su atención los sucesos que se desarrollan en el saco al Este de Ipern.

La descripción de los combates que se riñeron allí hasta el 2 de mayo, ha demostrado que, en general, fué el enemigo a quien se dejó atacar y que sus ataques inútiles y sangrientamente rechazados, tuvieron que debilitarle y quebrantar su espíritu con lo que se preparó favorablemente la continuación del ataque alemán.

Se decidió emprender éste el día 2 de mayo. Por la noche empezó el ataque en todo el frente Norte y Nordeste; en el Oeste avanzó en el centro, al Sur de St. Julien, en el sector comprendido entre el bosquecillo situado al Oeste del pueblo y la carretera de Langemarck-Zonnebacke. Antes de que cerrase la noche se había ganado allí terreno en un fondo de medio a un kilómetro y se llegó a la carretera Mosselmarkt-Fortuin; la lucha que hubo de sostenerse en el último de estos puntos, acabó con un triunfo alemán. A ambos lados de esta zona de ataque se desarrollaron asimismo violentos combates, en los cuales nuestras tropas sólo consiguieron progresar muy lentamente. Pero, a pesar de los violentos contraataques del enemigo, nuestra línea consiguió avanzar el 3 de mayo. En un asalto vigoroso consiguieron unos batallones wurtembergueses y sajones arrancar a los ingleses el bosquecillo situado al Norte 's Gravenstafel, que habían fortificado como punto de apoyo y que constituía la piedra angular en la intersección de los frentes enemigos del Norte y del Este. Los cadáveres ingleses, que llenaban las trincheras, dan fe de la brava resistencia del enemigo.

La fuerte presión del ataque alemán, apoyado por toda la artillería, no dejó de producir su efecto en las determinaciones del enemigo. El saco, en que se encontraba, había vuelto a estrecharse y con el avance del ataque alemán aumentaba el peligro de que las fracciones más adelantadas hacia el Este, no pudieran ser retiradas a tiempo. Ya en la tarde del 2 de mayo, habían observado los aviadores la retirada de pequeñas fracciones en dirección al Oeste y la construcción de la cabeza de puente enemiga inmediata y al Este de Ipern. Causaba extrañeza el escaso movimiento que se notaba detrás del frente enemigo.

En la noche del 3 al 4 de mayo, el enemigo se

retiró. En una extensión de 15 kilómetros abandonó todo su frente del Norte, Este y Sur, entre Fortuin, Broodseinde, Klein-Zillebeke y cedió a nuestras tropas, que inmediatamente avanzaron por todas partes, terreno en un fondo de medio a tres kilómetros. Hacía ya tiempo que no se veían escenas de la guerra de movimiento, como las que volvieron a presenciarse cuando nuestras guerrillas, seguidas por fracciones en orden cerrado, volvieron a animar el paisaje flamenco, largas columnas de artillería y de municiones aparecieron al trote y ocuparon reservas las verdes praderas y las posiciones inglesas abandonadas. Los efectos formidables de nuestros elementos de combate, se observaban en toda aquella zona devastada. En los sectores occidental y central de su

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Soliloquio

(Don Subrio, después de consultar el reloj, se dirige al público).—Amigo lector, llevo media hora esperando a los señores A y B; de fijo que no vendrán. El señor A se marchó el otro día muy pensativo, y el señor B habrá tenido buen cuidado de hablarle a solas. A falta de interlocutores, ¿no te agradaría, estimado e indulgente lector, que pasáramos un rato agradable leyendo un artículo del celeberrimo coronel Repington? Aprenderás una lección de estrategia, y aunque es posible que en ciertos momentos se te crispen los nervios, yo te aseguro que



Una oficina de correos militar alemana en la Galizia reconquistada

frente Norte, así como en la parte occidental de su frente Sur, los aliados defendieron sus posiciones con una resistencia tenaz para cubrir la retirada de las fracciones restantes. Estas volvieron a hacerse fuertes en la línea que, aproximadamente, se extiende desde 700 metros al Sudoeste de Fortuin, por Fregenberg-Eksternest, al borde oriental del bosque situado al Este de Zillebeke, y con ello empieza una nueva fase de los combates.

El terreno que ocupaba el enemigo al Este del canal y que hasta el 22 de abril tenía un frente de 25 kilómetros y un fondo máximo de 9, ha quedado reducido a 13 kilómetros de frente y 5 de fondo. Así resulta el saco mucho más estrecho y más expuesto que hasta ahora a la acción concéntrica de la artillería alemana.

Traducido por
GRAVELINAS

te reirás, porque el señor Repington suple con ventaja a mis amigos A y B. Lee con paciencia lo que sigue, y no te arrepentirás. ¡Ten atención, que voy a comenzar la lectura!

«En el frente occidental, el hecho capital de la situación es que los ejércitos alemanes son insuficientes en número y calidad para ejecutar una ofensiva general contra los aliados en todo el frente con éxito. Tienen dos fuertes grupos de fuerzas, uno al rededor de Verdun y el otro al N. del Somme, pero el resto de la larga línea está muy débilmente ocupado, en el concepto de que no existen reservas ni para pronunciar un ataque ni para contenerlo, y no hay duda que la situación debe causar honda ansiedad en el mando alemán.

Los alemanes tienen ocho y media divisiones empeñadas contra Verdun en la orilla izquierda del Mosa, y 22 en la margen derecha, incluyendo los cuerpos de ejército 3.º y 18.º, temporalmente retira-

dos para reconstituírlos. Excluyendo estos dos cuerpos de ejército, no quedan más que dos divisiones en reserva en el frente de Verdun, desde Vauquois a St. Mihiel. Todas las demás han sido lanzadas al combate y han padecido mucho. No menos de doce divisiones han sido retiradas de la línea, reorganizadas apresuradamente y enviadas de nuevo al fuego.

Los franceses confían que podrán resistir el ataque, y a mi juicio no hay razón en contrario, aunque no puede emitirse opinión definitiva sobre este punto, si no es por oficiales competentes que hayan visitado la primera línea de trincheras en toda su longitud. El general Petain, continúa la defensiva paciente, tenaz y vigilante, no desprovista en ocasiones de momentos de agresión, que mantiene en tan buen espíritu a Francia, hasta ahora. Mientras los

débil guarnición de la reserva de Verdun, mandada por el general Herr, los ejércitos alemanes fracasaron enseguida y, después de perder la mitad de su efectivo, no consiguieron el objetivo de su aventura. Podría añadir que ha desaparecido la energía del primer ímpetu; que el ataque parece va a degenerar en una lucha de trincheras del género normal, y que se necesitan refuerzos para salvar su reputación militar y evitarle el relevo.

A esta última petición podría contestar el Omnipotente soberano lo que Napoleón respondió a Ney en Waterloo: «¿De donde queréis que los saque? ¿Queréis que los invente?». No se comprende de dónde podrán obtener nuevas tropas, a menos que las tomen del frente británico o de distantes teatros. En caso de apuro, podrán retirarse las tres divisio-



Fugitivos polacos judíos al ser alcanzados por las tropas alemanas en su marcha hacia Siberia

germanos sacrifiquen dos o tres veces más hombres que los franceses, el general Petain no tendrá que lamentarse. Adoptando deliberadamente y con intención una actitud defensiva, aquel general espera ver mordidos pequeños trozos de su línea aquí y allí, pero la posición general ha permanecido inalterada prácticamente durante semanas, mientras que amplias reservas francesas han estado dispuestas siempre a contraatacar en grande escala cuando era necesario.

Si un oficial alemán visitara los ejércitos franceses, probablemente comprendería que allí nadie duda de su habilidad para hacer frente al príncipe imperial; y si éste enviara un parte verdadero a su padre imperial, le diría, que apesar de un despliegue de cañones sin precedentes, de un consumo de municiones jamás oído y de una inmensa superioridad numérica, que le permitieron al principio apoderarse de algunas posiciones avanzadas, ocupadas por la

nes al S. del Danubio, con riesgo, desde luego, de que Bulgaria se disguste. Una o dos divisiones más podrán ser traídas del frente ruso en tanto el deshíelo impida movimientos importantes, pero muy poco podrá sacarse de otros lugares, y a menos que nuevas formaciones en grande escala aparezcan desde el interior—y de ellas no hay señales—ya no hay más divisiones disponibles. Quedan aún ciertas reservas y el reemplazo de 1917 pronto estará listo para cubrir bajas; pero, a juzgar de los prisioneros que he visto en Verdun, la calidad de las otras reservas es pobre. Apenas he visto un hombre que hubiera sido declarado útil para servir en el antiguo ejército alemán del tiempo de paz. Lord Nortcliffe ha dicho lo mismo después de visitar otros puntos. Estas opiniones parece que producen mal efecto en ciertas esteras británicas, pero nosotros sólo podemos referir lo que hemos visto, y la gente debe deducir sus propias opiniones de la evidencia.

Otro aspecto ha de ser tenido en cuenta: que dentro de seis semanas Rusia avanzará otra vez, y de seguro Hindenburg está ya pidiendo se le devuelvan las divisiones que le han quitado. Poco antes de que empezara el deshielo, los rusos se mostraron henchidos de capacidad combatiente y abundantemente dotados de soldados, cañones y municiones. Tal como las cosas marchan en el Oeste, quedarán destrozadas las divisiones alemanas procedentes del frente ruso, y para restablecer la situación en el teatro oriental tendrán que suspender los ataques a Verdun o debilitar los ejércitos que tienen delante de los ingleses. Lo primero sería una confesión del fracaso y lo segundo un peligro. Sin duda el plan consistía en derrotar a los franceses y, deteniendo la próxima ofensiva de los aliados en el Oeste, estar en posición de arrojarse sobre Rusia con seguridad y con tropas victoriosas. Este plan ha abortado, y aunque Alemania, llamando tropas de otros frentes, pudiera obtener otra victoria de Pirro en Verdun, habría de añadir otros 100.000 hombres o más a sus pérdidas, sin que a pesar de todo ganara la partida. Estimo que la infantería alemana empeñada en Verdun es de 400 mil hombres, incluyendo los refuerzos procedentes de los depósitos de campaña, y que por lo menos otros 100.000 hombres de las demás armas y servicios han sido expuestos al fuego, y que las bajas totales en 50 días suman 170.000.

Si ahora volvemos la vista al frente inglés, hemos de admitir que pueden ocurrir serios acontecimientos, porque los alemanes no son tan fuertes en ninguna parte como delante de nosotros, y quizás les acose la tentación de un ataque desesperado, a causa de nuestra inactividad. Es posible que creyeran que cuando atacaron Verdun, el general Joffre nos pediría que avanzáramos, para disminuir la presión de los franceses. Si esto es cierto, no contaron con la huéspeda, porque el gran Cuartel general francés miró las cosas con más amplitud y serenidad, y estamos muy satisfechos de tener delante 34 divisiones alemanas al alcance de nuestro fuego. Si los franceses hacen perder a los alemanes dos o tres hombres por cada uno de ellos, no habría ningún provecho para la causa común que los ingleses, atacando a las 34 divisiones alemanas, perdieran dos o tres hombres por cada alemán. Gracias a esta estoica estrategia, los alemanes se ven en el caso de atacarnos o de debilitar sus tropas ante nosotros para enviarlas a Verdun, y evidentemente no saben por qué solución decidirse. Entre tanto, el general Petain mata alemanes—que es la fórmula común de todos los aliados—y las masas rusas que observarán la fórmula al pie de la letra—se están reuniendo para las batallas de mayo.

El cuartel imperial del Kaiser en Charleville debe de ver a veces caras muy estiradas.

Los alemanes no creen obtener nuevos éxitos para llegar a una paz favorable. Su orgullo militar, desde luego, es el obstáculo, como lo ha sido siempre. No nos importa. En otras guerras recientes, hemos visto la marea de la invasión seguida por un período de aguas tranquilas antes de bajar otra vez. Hemos alcanzado ese período, marcado por el hecho de que los alemanes ya no son capaces de emprender una favorable ofensiva general en el Oeste, ni recomenzar las operaciones en Rusia sin debilitarse delante de nosotros o en el frente italiano.

La situación alemana necesita un desesperado remedio, y este podría consistir, bien en atacarnos en Francia y Flandes, bien en invadir las islas británicas. Hemos de admitir que hay 800.000 alemanes contra nuestras tropas en el Norte, incluyendo las armas combatientes, la artillería pesada y la caballería, y que, además, los depósitos de campaña están repletos para reponer las bajas. En este concepto, no es una eventualidad imposible el que seamos atacados, antes de que nos encontremos con fuerzas suficientes para atacar con éxito, para lo que necesitamos los efectivos al completo y más divisiones.

Yo no he considerado nunca imposible un ataque en nuestra misma casa. Desde que se dió a Lord French el mando en la metrópoli, nuestros caóticos preparativos han comenzado a entrar en orden; pero, apreciando en conjunto los preparativos navales y militares, y considerando la absoluta necesidad en que se encuentra Alemania de asestarnos un golpe, no se puede afirmar que hayan desaparecido todos los riesgos de un ataque contra Inglaterra, en su propio suelo.

—No te molestes, lector. Adivino tus comentarios, porque son los míos. Pues ¡pásmate! con esos argumentos se ha conseguido tener entretenidos, esperanzados y fuera de la realidad, durante veintiún meses, a cuarenta millones de franceses, treinta y cinco millones de britanos y la mitad de los rusos, no sé cuantos son, que saben leer.

SUBRIO ESCÁPULA

DOS PAGINAS GLORIOSAS ESCRITAS POR LAS TROPAS DE ÁFRICA

Alrededor de la ciudadela no abatida, tan amplia es la batalla y tan abundante el heroísmo que, en cualquier lugar de Francia que un soldado se mezcle en la conversación, surge enseguida un brillante ramillete de altos hechos y nobles historias.

Esta tarde he hablado con un amigo que regresa del combate, herido, pero glorioso. Sargento de las tropas de África, unido desde Charleroi a todas las grandes jornadas, la menor de las cuales bastaría a hacer ilustre un destino, pertenece al 3.º de zuavos, que una orden del día célebre ha puesto bruscamente a la plena luz de la historia. Me ha referido las hazañas de sus camaradas, soldados de Orán, de Constantina y de Argel, cuya división lleva en nuestros ejércitos este título de renombre: «Tropas de choque, división volante». Es decir, que se encuentra allá donde hay peligro; donde se traba una refriega, allí se arroja; cuando hace falta un esfuerzo supremo, allí avanza.

Me han quedado grabadas en mis recuerdos dos anécdotas, de una grandeza casi legendaria. Hélas aquí:

La primera, una historia de artillero, se remonta a las duras horas del primer ataque. El teniente S., de un grupo de artillería de África, está instalado con su batería de 75 en el contrafuerte de una cresta en el flanco de Douaumont.

Desde cuarenta y ocho horas antes, los proyectiles de 250, 305 y 380 roturan metro a metro cimas, barrancos, bosques. La posición no goza un momen-

to de reposo. La jornada que amanece se anuncia como fatal.

A las seis de la mañana, acompañado traidoramente por una ráfaga de nieve, un 130 de marina austriaco estalla sobre el cañón de cabeza de la batería. El capitán D., que corregía el tiro, cae, gravemente herido. Abre la serie negra.

El sargento primero, B., que acude, es muerto al pie de la camilla. La batería, desde este instante descubierta, recibe en menos de veinte minutos un alud de granadas de gran calibre, que hacen polvo a hombres, piezas y caballos.

Empujando su mejor cañón a un embudo, el teniente S., continúa disparando como si no ocurriera nada de particular. Sus sirvientes mueren casi todos: él desciende al papel de sirviente. Sus apuntadores no son más que una masa sanguinolenta: él se instala en el asiento. A las ocho, le quedan cuatro hombres; a las nueve, nada más que dos. A las nueve y media está solo. Pero sigue disparando sin interrupción.

Los alemanes inician un ataque a la bayoneta; avanzan en masas compactas. A 400 metros les ve aparecer, cubiertos de fango, semejantes a fantasmas, a través de la tormenta de nieve. *Apunta a O. en ráfaga, dispara con metralla y agota sus municiones.* Para un cañón de 75, 400 metros es verdaderamente tirar a boca de jarro. Las filas de los alemanes son segadas. Profundos surcos se abren en abanico en aquella masa humana. El enemigo vacila, se detiene, después se repliega. No puede sospechar que aquella carnicería es obra de un hombre solo. Aprovechando este efecto de sorpresa, en un abrir y cerrar de ojos el teniente ha clavado sus dos cañones, ya heridos mortalmente, atalaja los tres mulos que le quedan a los dos cañones válidos; después, sobre los armones, carga a su capitán, que está agonizando, al sargento muerto, a los heridos y los cadáveres. Nadie ni nada queda detrás. A través de un tiro de contención que le perdona milagrosamente, a 400 metros del enemigo, se retira solo, en buen orden, oculto por la cortina de nieve, y se presenta así en el cuartel general de la división.

Fácil es adivinar lo que sigue: cita en la orden del día; Legión de Honor y Cruz de guerra. ¿No han sido bien ganadas?

La otra historia evoca los tiempos del Grande Ejército. Tiene la trágica sencillez de una litografía de Raffet.

Cuadro: el estanque de Vaux. Actores: dos compañías del . . . , de zuavos. Héroe: el capitán B., treinta años, Legión de Honor, Cruz de guerra de cinco palmas.

En las orillas cenagosas del estanque, las dos compañías se defienden hace veinticuatro horas; pero los caminos de abastecimiento están cortados. La artillería pesada alemana se ceba a derecha e izquierda, barriendo los menores caminos y matorrales. Los teléfonos están destruidos; los pocos hombres de enlace que, por tres veces diferentes, el capitán ha enviado atrás, han sido muertos a 100 metros, bajo sus ojos. Las cartucheras van a quedar pronto vacías. Se recogen los cartuchos de los muertos. Este alivio no hace más que retardar el momento fatal.

De espaldas al estanque, flanqueadas por los fuegos de *barrage*, las dos compañías, que sostienen en las manos los fusiles puestos al rojo por el tiro, se en-

cuentran en una situación desesperada. Los alemanes lo han comprendido. Salen de sus trincheras y cargan de frente y de flanco.

«¡Formad el cuadro!»—grita el capitán B.

El cuadro, palabra prestigiosa que evoca la Guardia del gran emperador en Iena y Wagram. Por primera vez, sin duda, en esta guerra, los zuavos van a tener el honor de rehacer por sí mismos la falange de los inmortales abuelos. Saltan fuera de las trincheras; en pleno campo, en terreno descubierto, con la bayoneta armada, se agrupan haciendo frente a los cuatro puntos cardinales.

«¡Y ahora, amigos, hacerse matar o pasar!» Se entabla un furioso combate cuerpo a cuerpo: dura una hora y media. De las dos compañías, 150 hombres consiguen abrirse paso; el resto se ha dejado matar.

En cuanto al capitán B., que se ha batido como un león, agotando los últimos cartuchos de su pistola y después cargando él también con un fusil y bayoneta recogido de las manos de un muerto, ha caído treinta metros delante de sus hombres, vivo, pero cubierto de heridas.

«Cosas muy naturales», ha añadido, contándome otras cien historietas, el sargento de las tropas de África.

ANDRÉ TUDESQ

(De *Le Journal*)

EL MANIFIESTO DE LOS UKRANIOS

Merece ser conocido el manifiesto que los ucranios, y en su nombre la sociedad ucranía *Gromada*, dirige «al mundo civilizado»:

«El pueblo ucranio, que en número de 30 millones de habitantes, ocupa un territorio de más de 850.000 kilómetros cuadrados a los dos lados del Dnieper, luego de haber perdido su independencia (en la época de los duques en los siglos IX y XIV), cayó bajo la dominación lituana y después de la polaca, y no se libertó hasta 1648, cuando el hetmán Bogdan Jmielnitzki alzó a todo el pueblo ucranio contra Polonia. Pero en la lucha que siguió no pudo conseguir su objeto, reducido como estaba a sus propias fuerzas. Buscó el apoyo de los Janes de Crimea, de los turcos, de los moldavos, de los transilvanos y de los suecos, hasta que por último se vió obligado a aceptar el protectorado de Rusia. Su pacto de 1654 con Rusia, tenía el carácter de la libre unión de la república cosaca de Ucrania en Rusia. Pero una vez bajo el protectorado de ésta, Ucrania sintió desde el primer momento la fuerza brutal de la mano rusa. Rusia limitó la autonomía de Ucrania y llevó a ella su sistema de burocracia centralista. Después de la desgraciada batalla de Poltava, en 1709, cuando el hetmán Mazzepe, aliado de Carlos XII, emprendió la guerra contra Rusia, se activó la marcha de la sumisión. Catalina II suprimió la institución de los hetmans y las libertades de la república ucranía; destruyó el último vestigio de la libertad ucranía: la *sitch*, y finalmente sometió al pueblo a la servidumbre (1775-1784). De este modo, Ucrania cesó de existir políticamente. Al mismo tiempo, el imperio comenzó la labor de colonización, de rusificación y de destrucción de la vida nacional ucranía.

»Ya al comienzo del siglo XVIII, se inician las crueles persecuciones por la censura de la lengua y de la literatura ucranias; la academia ucraniana de Kiev fué rusificada por completo, así como todas las escuelas de Ucrania. El gobierno ruso aceptó el punto de vista de «que no hay ni puede haber pueblo ni idioma ucranios», según dijo el ministro Valuiev en su ukás de 1863. Por el ukás de 1876, se prohibió imprimir en Rusia nada en lengua ucraniana, ni representar obras, ni importar libros ucranios. Se llegó a prohibir la biblia en ucranio. Siguiendo en esto el ejemplo del gobierno ruso de los siglos XVII y XVIII, que exterminó con la brutalidad del déspota oriental las formas constitucionales y los derechos políticos de Ucrania, ahogando en sangre todo movimiento contra ese yugo y castigando con el suplicio o el destierro todas las manifestaciones del irredentismo ucranio, la burocracia rusa del siglo XIX, suprimió igualmente todas las aspiraciones del pueblo ucranio hacia una cultura nacional y política. Rusia no permitió más que una cosa: renunciar al lazo más sagrado y más precioso: a la lengua materna.

»La Ucrania rusa y austriaca esperan que su voz encontrará eco y suscitará la compasión en el mundo democrático de Europa, en todos aquellos que, por las grandes ideas de la revolución francesa, libertad, igualdad, fraternidad, no han perdido todavía su significación.»

UNA COMEDIA QUE PUDO TERMINAR EN TRAGEDIA

Será o no cierto, todo induce a creer que no, pero resulta curioso el siguiente suceso que cuenta la agencia Reuter:

«Un rollizo soldado, perteneciente a una compañía de señaladores de Ingenieros marchaba montado

en su bicicleta, cuando de pronto se encontró en la escena de un aeroplano que acababa de tomar tierra. Vió enseguida que la máquina no era de modelo inglés, y que una figura humana erguida se alzaba junto a ella. Ni por un momento se le ocurrió la idea de hallarse en presencia de un aeroplano enemigo. Admitió desde luego que era un aparato francés, que se había visto obligado a descender. Echó pie a tierra y se dirigió al alemán, con la mano extendida y una sonrisa significativa. El alemán movió la cabeza silenciosa y tristemente. El bien educado inglés lo comenzó entonces a interrogar en francés bárbaro, pero el alemán murmuró algunas palabras incomprensibles y volvió a mover su cabeza.

»Adelantóse el soldado hacia la máquina con el pensamiento de investigar la avería que le había llevado a tierra. Precisamente en este momento, una partida de fusileros apareció en un recodo del camino. Dándose cuenta de la situación—un aeroplano, con una cruz negra, sobre la hierba, y uno de los ocupantes proponiéndose reparar la avería—los fusileros redoblaron el paso y prepararon sus fusiles.

»El ingeniero inglés perdió por completo su serenidad. Sospechó que era víctima de una emboscada y echó a correr, que es lo que no debía haber hecho. Los fusileros, concluyendo que se trataba de un alemán que huía con papeles o fotografías, le hicieron fuego. Felizmente apuntaron demasiado deprisa y no hicieron blanco. El soldado se refugió en una cuneta honda de la carretera y allí esperó que le capturasen.

Cuando supo que había dejado correr la ocasión de apresar un aeroplano enemigo, comenzó a profirir palabras incoherentes y se desesperó. El alemán no pudo contener la risa, pero como no se movió, nadie le hizo fuego».

CRÓNICA MILITAR

I. Las operaciones en Mesopotamia.—II. Necesidad de someter las enseñanzas de la guerra al prisma filosófico.—III. El concurso femenino en el ejército.—IV. La capitulación de Kut-el-Amara.—V. La situación el 30 de abril

I.—Las operaciones en Mesopotamia

Desde la desembocadura del Vadi en el Tigris, a 40 kilómetros en línea recta de Kut-el-Amara, el Tigris está flanqueado, aguas arriba, por extensas ciénagas y pantanos, que obligan a marchar junto a las orillas, no existiendo al S. más que un camino que contornea los pantanos y que lleva directamente a Kut, pero que no es a propósito para el paso de fuerzas con su material. En la época de las lluvias, el Tigris se desborda, el río Dijailá, cuyo cauce está seco de ordinario, extiende sus aguas a los lados, las ciénagas crecen, y los caminos, muy pocos, son obligados, semejantes a diques anchos, sin permitir el despliegue de tropas. Los turcos aprovecharon desde el primer día estas ventajas naturales, estableciendo en ellas sus posiciones, en lugar de llevarlas más lejos, aguas abajo; de este modo, han obligado a los ingleses a emprender el ataque lejos de sus bases, precisamente por tierra, sin que el papel preponde-

rante lo asumiera la escuadrilla fluvial británica. La primera línea defensiva de los turcos es la de Umm-el-Hanná; la segunda, la de Felahié; la tercera, la de Sanna-i-Yat; y la principal la de Es-Sinn. Kut está cercada por una doble línea de trincheras, apoyadas en reductos; otros reductos refuerzan la posición de Es-Sim, cuyo centro se apoya en un fortín, y las alas en una ciénaga al N. y en el río Chat-al-Hai, al S.

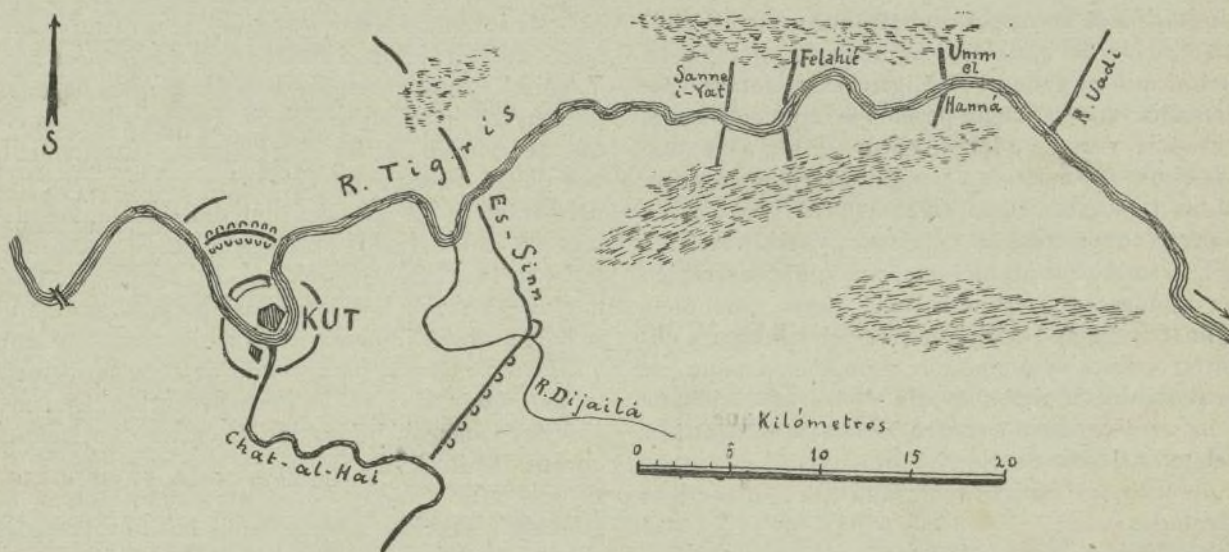
En la anterior tentativa, ejecutada por el general Nixon, las tropas inglesas vencieron la resistencia de las posiciones avanzadas—a la sazón, una sola,—pero fueron derrotadas en Es-Sinn y tuvieron que retirarse más de 200 kilómetros. Actualmente, las tropas del general Gorringe, casi todas inglesas, con muy pocos contingentes indostánicos, han forzado las posiciones de Umm-el-Hanná y Felahié, llegando ya quebrantadas a la de Sanna-i-Yat. En la primera semana de abril, atacaron estas últimas, obteniendo en la primera jornada un pequeño éxito; suspendióse enseguida la ofensiva, y cuatro días después un

segundo ataque, que parecía más feliz, fué interrumpido por las inundaciones, según el parte inglés, y terminó en derrota, según los turcos.

Las tentativas anteriores se habían desarrollado en la orilla N. o izquierda del Tigris, marchando únicamente por la derecha algunas flanguardias; en la presente, parece que hay más fuerzas en la orilla S. que en la N., a lo que debe de atribuirse en parte los mejores resultados obtenidos en las primeras etapas de la expedición. Los turcos han contraatacado briosamente en la margen S., impulsando a los ingleses a replegarse algunos centenares de metros, pero no ya, como otras veces, a replegarse cerca de Kurna; ello hace comprender que no ha desaprovechado el invasor la experiencia adquirida, y que se ha preocupado de jalonar la ruta terrestre con posiciones y depósitos de retaguardia, no fiando exclusivamente el éxito a la comunicación fluvial. Esta tentativa se desarrolla, pues, en condiciones diferentes, menos favorables a los turcos. Con todo,

los Estados que hayan tenido la dicha de permanecer neutrales, derrotarán a los combatientes en la competencia mercantil siempre entablada entre todos. Esta eventualidad no se ha presentado en esta guerra, porque han participado en el conflicto las principales naciones industriales, pero no dejará de sobrevenir cuando la lucha quede circunscripta a dos o tres países. De modo, que la presente fiebre de fabricar muchos cañones y muchos proyectiles, si se erigiera en sistema, acarrearía la ruina de los beligerantes, primero, por los gastos a que les mueve, después, porque los neutrales les suplantarían en los mercados extranjeros.

Si para evitar este peligro se procura fabricar en tiempo de paz lo que el día de la guerra será necesario, se llegará al mismo resultado lamentable. Como la técnica progresa incesantemente, lo bueno hoy, mañana resulta anticuado, y habrá que derrochar sumas incontables, arrinconando cada elemento a medida que aparezca otro mejor. No habrá Es-



aunque se consiga libertar a Kut-el-Amara, es dudoso que los ingleses repitan el avance sobre Bagdad, a menos que los rusos se decidan a descender por el alto Tigris, amenazando el N. de Mesopotamia.

II.—Necesidad de someter las enseñanzas de la guerra al prisma filosófico

En una *Crónica* anterior (1) me ocupé en la crisis, que se avecina, de los medios de guerra actualmente empleados. Para hacer frente al consumo de municiones y a la fabricación de armas, ha sido menester, en casi todas las naciones beligerantes, interrumpir el desarrollo industrial del país haciéndolo derivar a las aplicaciones militares; ello ha tenido como consecuencia una variación en los métodos de reclutamiento, porque se conceptúan más útiles los servicios de muchos miles de hombres en las fábricas que en los ejércitos; ha obligado a efectuar gastos enormes, gigantescos; y lleva aparejado un peligro gravísimo, del que se están preocupando las grandes naciones industriales: suspendiendo las labores del tiempo de paz, para dedicarlas a las de guerra, la nación beligerante quedará rezagada fatalmente en la lucha económica, perderá mercados, y

tado, por rico que sea, capaz de soportar la carga que representaría el disponer en todos los momentos de los medios de guerra, en el número y clase convenientes, indispensables para sostener un choque sin necesidad de transtornar el régimen de vida industrial del país. Pero, aunque las imposiciones supremas de la existencia, y la potencia financiera de alguno le consintieran entrar en este camino, los pueblos menos afortunados, por su pobreza, o gozando de una mejor situación geográfica, tendrían que abstenerse, como hasta ahora se han abstenido, de imitar a los grandes.

¿Quiere esto decir que renunciarían a su independencia, ni siquiera que no podrían protegerse contra un ataque? En todos los tiempos ha habido pueblos fuertes y débiles y nunca han estado equilibrados los recursos bélicos de los unos y de los otros, y sin embargo no se ha dado todavía el caso de que desaparecieran los pequeños o que uno solo se impusiera a los demás. La política internacional es un gran resorte preventivo, pero hay otros, aparte de los métodos de guerra, que evolucionan sin cesar y brindan mil recursos al débil. La única dificultad real estriba en establecer un sólido punto de partida.

Si planteamos el problema diciendo: Alemania, por ejemplo, posee tales calibres, tantos cañones y tantas municiones, y todo ello es indispensable e

(1) Véase la *Crónica* de 17 de febrero de 1916, cuaderno 93.

irreemplazable para no ser derrotados, la conclusión será desconsoladora, porque nos inducirá a querer rivalizar con aquel Imperio, y en la pugna industrial seremos vencidos, hagamos lo que hagamos; y lo seremos también en el campo de batalla, porque habremos fundado nuestro poderío militar en unas bases creadas por el fuerte precisamente para vencer al chico. En ese error, según dije en otra ocasión, han incurrido Francia, Italia, etc., queriendo copiar e imitar a Alemania: ésta, de mayor población y mejor organizada, montó la máquina militar del modo más adecuado para obtener el mayor partido posible de aquellas ventajas; todo aquel que con fuerzas inferiores quiso hacer lo mismo, quedó derrotado antes de entrar en combate. Si no lo ha sido hasta ahora, agradézcalo al concurso de otros Estados, pero no a su preparación nacional, que bien demostrado ha quedado que era ineficaz.

De consiguiente, el problema militar, como todos, es un problema especialísimo de los pueblos, diferente para cada uno, y jamás debe de basarse en la imitación de los rasgos capitales que caracterizan la organización del poderoso. Admitido el principio del servicio militar general y obligatorio, racionalmente Alemania vencerá, en un período más o menos largo, a Francia, Austria e Italia, y Rusia a los alemanes; pero éstos, que aplicaron el sistema de las masas contra los franceses, buscaron contra los rusos algo en que eran superiores: la industria y la fabricación, o sea las armas y las municiones; persiguieron también una rapidez extraordinaria de la guerra, con objeto de no dar tiempo al adversario para indagar y encontrar medios de protección, y no negará nadie que sus designios hubiesen tenido plena realización, de no haberse concitado contra los Imperios centrales Inglaterra, Italia, Serbia, Bélgica, Japón, etc.; a pesar de ello, no se ha encontrado aún la manera de derrotarles.

Imaginemos que los alemanes presentan en el campo de batalla piezas de 60 centímetros, con cuya ayuda barren la resistencia de sus adversarios. Sería un error capital que Bélgica y Suecia y tantos otros países se pusieran a fabricar morteros iguales; su industria nacional y sus recursos económicos no les consienten tales excesos, pero aunque llegaran a construir esas piezas, ¿cómo fabricarlas en número igual al de sus vecinos y después seguir haciendo lo mismo con los nuevos progresos que irán apareciendo?

En esa rivalidad, siempre habrá uno que obrará dentro de sus medios y de sus características particulares, y habrá otro que de un modo artificioso y forzado prohijará lo que para él es y será en muchos años exótico, aceptando una lucha en que de antemano sabe ha de ser vencido. No fué esto lo que hizo David para acabar con Goliath.

En ese afán de imitación y de alcanzar el ideal, entra por mucho el delirio de grandezas que es uno de los flacos de la humanidad. No porque el vecino llegue a cierto punto, hemos de llegar a él los demás, ni nos es necesario para asegurar nuestra independencia y garantizar nuestra seguridad. El problema es esencialmente nacional, y sólo en concepto de datos obligados requiere el conocimiento de la potencia militar extranjera. El simple hecho de que una gran potencia tome una orientación determina-

da, ha de ponernos en guardia e incitarnos a seguir otra diferente.

De la misma manera que el estudio de la historia ha variado, tiene que cambiar el de la guerra. Muchas y muy grandes enseñanzas nos ha de deparar, nos está deparando ya, el actual conflicto, pero no se las debe de admitir con sus formas escuetas y tal como se destacan del fondo del cuadro; es menester ir a su origen, remontarse a sus causas, estudiar sus gérmenes, en una palabra, antes que la guerra misma hay que desenvolver y profundizar la filosofía de la guerra. Los hechos, los métodos y los medios, imitados sin atender a ese aspecto filosófico no producen más que un caos, un cuerpo sin alma, de soberbia apariencia acaso pero sin vida, y pueden dar lugar a errores trascendentales que pongan en peligro el porvenir de la nación.

Concluyo, previniendo a todos contra la tendencia a dejarse llevar por la impresión primera que engendran las enseñanzas de esta guerra. ¿Quién asegura que las más de ellas no serán un castillo de naipes que se vendrá a tierra al soplo de un simple adelanto de la química o de las aplicaciones eléctricas? Y, en todo caso, antes que a las enseñanzas de orden puramente material, hemos de atender a las filosóficas, que suelen ser las más olvidadas. Eternamente nos dicen, aunque no escuchamos sus voces, que para resolver los grandes problemas nacionales hemos de estudiarnos a nosotros mismos y sólo después, en lo accidental y accesorio, a los demás. Hasta el comienzo de la guerra, las únicas naciones que se habían inspirado en este principio eran Alemania e Inglaterra; ésta se ha apartado de él posteriormente, pero no perseverará en la equivocación. En América, los Estados Unidos, tan distantes de Alemania en sus instituciones militares, han partido de la misma base. Claro es que me refiero sólo a las grandes potencias, porque entre las otras abundan más los buenos ejemplos; baste citar a Suiza.

III.—El concurso femenino en el ejército

La necesidad de economizar hombres en las labores que no sean genuinamente militares o indispensables para que no se interrumpa la vida del país, ha movido a los ingleses a emplear mujeres en ciertos servicios de los que las costumbres las habían desterrado; lo mismo están haciendo los franceses, con resultados que no les moverán a arrepentirse.

En los depósitos de varias unidades han sido substituidos los escribientes por mujeres, así como los mozos de los almacenes de vestuario, los cocineros, los sastres de regimiento, etc. La educación y el temperamento femeninos se acomodan mejor a estos menesteres, y se evita que un cierto número de hombres, siempre jóvenes y a menudo inteligentes y vigorosos, se aparte de filas, dando lugar a diferencias y desigualdades poco convenientes en tiempo de guerra.

El ensayo referido, impuesto por apremios inaplazables, merece ser elevado a la categoría de principio. Hay en el ejército una multitud de funciones imprescindibles que apartan muchos millares de brazos de las filas, con perjuicio del número efectivo de combatientes, y que podrían ser desempeñados con ventaja y con personal más reducido, por muje-

res. Un cuerpo activo, un regimiento, por ejemplo, no marcha ni puede marchar nunca íntegramente a la guerra; ha de permanecer en el interior una representación, encargada de servir las necesidades del cuerpo y de continuar la marcha administrativa, de suerte que en toda unidad hay dos partes: una, la mayor, que se moviliza y marcha a la guerra, y otra, muy chica, que se mantiene en contacto con la primera. En este segundo grupo tendrían buena aplicación las mujeres, aunque sus servicios se limitaran a los menesteres que no exigen la permanencia continuada en el cuartel. Si esto sucede en los cuerpos activos, cuánto más factible sería el concurso femenino en las unidades de segunda línea y, sobre todo, en dependencias, establecimientos, almacenes, etc.; con la ventaja de que al estallar la guerra no habría precisión de perturbar los servicios, en los momentos de más aprieto, por la substitución de hombres por mujeres, no acostumbradas a cumplir sus nuevos deberes.

Uno de los reparos que se oponen a esta reforma es el aumento de gastos, pero la objeción es trivial. Nada más barato que un soldado, que parece debe servir para todo; en realidad, nada tan caro como el tener soldados, aunque no costaran un céntimo, que no sirven para batirse, porque la victoria reclama el concurso de todos los hombres aptos. Una acertada organización daría seguramente por resultado que el sueldo de una mujer aumentase tres hombres en las filas, con la ventaja de que la fijeza en los empleos permitiría reducir el personal auxiliar femenino y garantizaría el rápido y normal despacho del trabajo. Otras objeciones que podrían argüirse tienen un fundamento menos sólido todavía. No hay más que ver lo que sucede en el orden civil, en una multitud de ocupaciones oficiales y privadas, para convencerse de lo infundado de aquellas, en una entidad, como es el ejército, donde impera el orden y el respeto a la consigna. Desde el punto de vista social, la medida sería plausible y acogida con simpatía general. No es esta una cuestión que pueda ser planteada y resuelta con ligereza, pero sí merece ser meditada.

IV.—La capitulación de Kut-el-Amara

Después de ciento cuarenta y tres días de sitio en Kut-el-Amara, ha capitulado el general Townshend, con los trece mil soldados que conservaba a sus órdenes. Rechazadas por los turcos las divisiones inglesas que en ambos lados del Tigris atacaron las posiciones de Felahié y Sanna-i-Yat, el general Lake hizo una última tentativa para abastecer a los defensores de Kut, enviando un barco transporte, río arriba; el barco no pudo forzar los obstáculos dispuestos por los turcos y varó en la orilla, ocho kilómetros antes de llegar a la plaza. La suerte de ésta quedó sellada; el Gobierno inglés preparó a la opinión para la noticia, que consideraba inminente, de la caída de Kut, noticia que a los dos días fué confirmada por los hechos.

Queda con esto terminada la aventura—que merece más este nombre que el de expedición militar—emprendida por los ingleses hacia Bagdad, sin la preparación indispensable. En otra *Crónica* expuse los errores cometidos por los ingleses en esta desgra-

ciada campaña. Si la falta fué grande al iniciarla con escasez de elementos y sin pensar en la organización de bases secundarias, mayores fueron las de las dos primeras tentativas de socorro, acometidas con olvido de las amargas enseñanzas de la marcha sobre Bagdad. El general Townshend, que ha llevado a cabo una defensa memorable, está a cubierto de esas inculpaciones, según hice notar, que recaen exclusivamente sobre el mando supremo que ha dirigido la campaña.

Mesopotamia puede considerarse a cubierto de nuevas invasiones inglesas por un largo período; pero el objetivo más importante, o sea la región del litoral y todo el bajo Eufrates, desde Kurna, queda en manos de Inglaterra, y ha de ser muy difícil a los turcos reconquistarlo, porque las tropas británicas en aquella región cuentan con el apoyo inmediato de la escuadra y podrán recibir en todo momento los recursos en hombres y material que necesitan.

La capitulación de Kut es principalmente un golpe moral, que acaba de dejar malparada la reputación militar de los ingleses ante los pueblos de Oriente. Permitirá a los turcos retirar tropas de este frente, trasladándolas a las fronteras de Persia o a otros frentes, sin que los ingleses puedan hacer lo mismo, bajo la amenaza de la repercusión que sus descabros en el Tigris tengan en los pueblos musulmanes de Asia. La dirección de las operaciones turcas estaba encomendada al mariscal von der Goltz, recientemente fallecido.

V.—La situación el 30 de abril

A consecuencia del choque con una mina, se ha ido a pique el acorazado inglés *Russell*, construido en 1900, de 14.000 toneladas y armado con cuatro cañones de 30,5 centímetros, doce de 15, doce de 76, seis de 47 y cuatro tubos de lanzar.

Una división de cruceros alemanes de batalla ha bombardeado Lowestoft y el litoral inmediato hasta Yarmouth, causando averías en dos cruceros ingleses y hundiendo un destructor y un barco auxiliar. Este ataque fué precedido por otro de los zeppelines alemanes, que al mismo tiempo exploraron aquellos mares y dieron a conocer que los ingleses habían descuidado la vigilancia. Como respuesta a este ataque, y para demostrar que los barcos ingleses no desatienden su servicio, una escuadrilla de monitores, torpederos y otras unidades pequeñas, cañoneó las costas belgas de Zee-brugge; contraatacada por tres destructores alemanes, el combate cesó al poco tiempo, sin resultados apreciables.

Ha estallado una insurrección en Irlanda. Abortó una tentativa de desembarco de armas y municiones que hicieron los alemanes en el litoral del Oeste. Toda la isla ha sido declarada en estado de guerra y se han enviado tropas para sofocar el alzamiento. El foco de éste se encuentra en la provincia de Dublín. Aislados los insurgentes y sin comunicación con el exterior, la insurrección no tardará en quedar dominada, pero obligará al Gobierno a aumentar la guarnición de la isla y a destacar más barcos, que vigilen las rutas marítimas, con menoscabo de la acción militar en los teatros de la guerra. Lo ocurrido es un síntoma grave, porque patentiza que subsiste el descontento en Irlanda; en compensación,

provocará una mayor unidad de voluntades en Inglaterra y Escocia.

Por el camino que, inmediato a lo costa del Mediterráneo, desde El Arisch conduce a Kantara, en el canal de Suez, un contingente turco, no muy numeroso, llegó a Katia—a 45 kilómetros del canal—librando un combate afortunado; ante la aproximación de refuerzos enemigos, se replegaron los turcos 18 kilómetros al Este. Este hecho de armas ha revelado que las fuerzas turcas se encuentran muy al Oeste de la frontera turco-egipcia, internadas en territorio egipcio, y que no deben los ingleses descuidar la vigilancia del canal, que puede ser atacado, aunque sólo sea con objeto de interrumpir temporalmente la navegación en cualquier momento. El verdadero fin del atacante parece enderezado a inmovilizar el ejército británico de Egipto, impidiendo que se le debilite para enviar fuerzas a otros teatros.

Desde Rusia se anuncia la aparición de reservas turcas en el frente de Armenia. Lo cierto es que en los últimos días los turcos han contraatacado, manteniéndose los rusos a la defensiva en toda la línea. Es posible que ello sea indicio de una próxima campaña ofensiva por parte de los turcos, cuya situación comienza a mejorar en Asia, después de la crisis sufrida.

Destacamentos germano-búlgaros han ocupado la estación de Doirán, a 60 kilómetros en línea recta y al N. de Salónica; los franco-ingleses la evacuaron sin combate. Nada nuevo ha acontecido en este frente de Macedonia, ni tampoco en Albania.

En el teatro austro-italiano, los dos bandos asumen alternativamente la ofensiva, sin conseguir modificar la situación. Los italianos continúan anunciando la llegada de refuerzos austriacos al Isonzo y al Trentino, tal vez para justificar mejor el fracaso de sus operaciones al cabo de once meses de guerra y sus actuales vacilaciones e indecisión.

En el teatro ruso se nota una cierta actividad en los ejércitos austro-alemanes. Están a punto de terminar los efectos del deshielo y no tardaremos en saber cuál es la actitud que en definitiva adopten los invasores y el invadido. La opinión general empieza a fijar su atención en este frente, apartándola un tanto de Verdun. Los críticos ingleses y los franceses insisten en que Alemania no cuenta con medios para repetir su esfuerzo del año pasado, por lo que esperan que permanecerá a la defensiva y subsistirá la paralización de las operaciones hasta que los alia-

dos estén en disposición de ejecutar un ataque general. Será menester examinar esta hipótesis más despacio.

En el frente occidental no se han interrumpido los pequeños combates de trinchera desde el Somme al mar; el fuego de la artillería es más intenso y general. Los alemanes han tanteado la resistencia de las líneas inglesas en Ipres y cerca del Somme. Las escuadrillas de aviones de los dos bandos están desplegando una diligencia extraordinaria, para advertir a tiempo, cada una, los preparativos y propósitos del adversario.

El general Petain y los generales más significados del ejército defensor de Verdun han sido condecorados con la orden, de la clase correspondiente, de la Legión de Honor. Puesto que el Gobierno francés se ha decidido a otorgar estos premios, como recompensa por las batallas de Verdun, es que considera virtualmente terminado el ataque alemán en este sector; de otro modo, y recordando los antecedentes, habría diferido la concesión de aquellas gracias. Y efectivamente, aunque la artillería alemana no ha interrumpido su fuego violento en las dos orillas del Mosa y aún en los llanos del Woewre, como amenazando un nuevo ataque de infantería, éste no se ha producido. Los acontecimientos que asoman en Rusia parecen también confirmar que ha terminado ya el período crítico en Verdun, y que los alemanes no pronunciarán otro esfuerzo a menos que los franceses debiliten sus líneas. Dentro de pocos días es de presumir que habrán quedado completamente despejadas ambas incógnitas: la de Verdun y la de cuál va a ser la nueva acción que emprendan los beligerantes como objetivo principal de la campaña del presente año.

Al cerrar esta *Crónica* se recibe la noticia de que los rusos han sido derrotados junto al lago Narotsch, al S. de la línea del Duina, habiendo perdido 5.700 prisioneros, cinco cañones y varias ametralladoras. Llama la atención el número, relativamente crecido, 56, de oficiales que han caído en manos de los alemanes. Con todo, opino que este hecho de armas no forma parte de la acción principal, sino que es uno de los preliminares de la misma.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

1.º de mayo de 1916